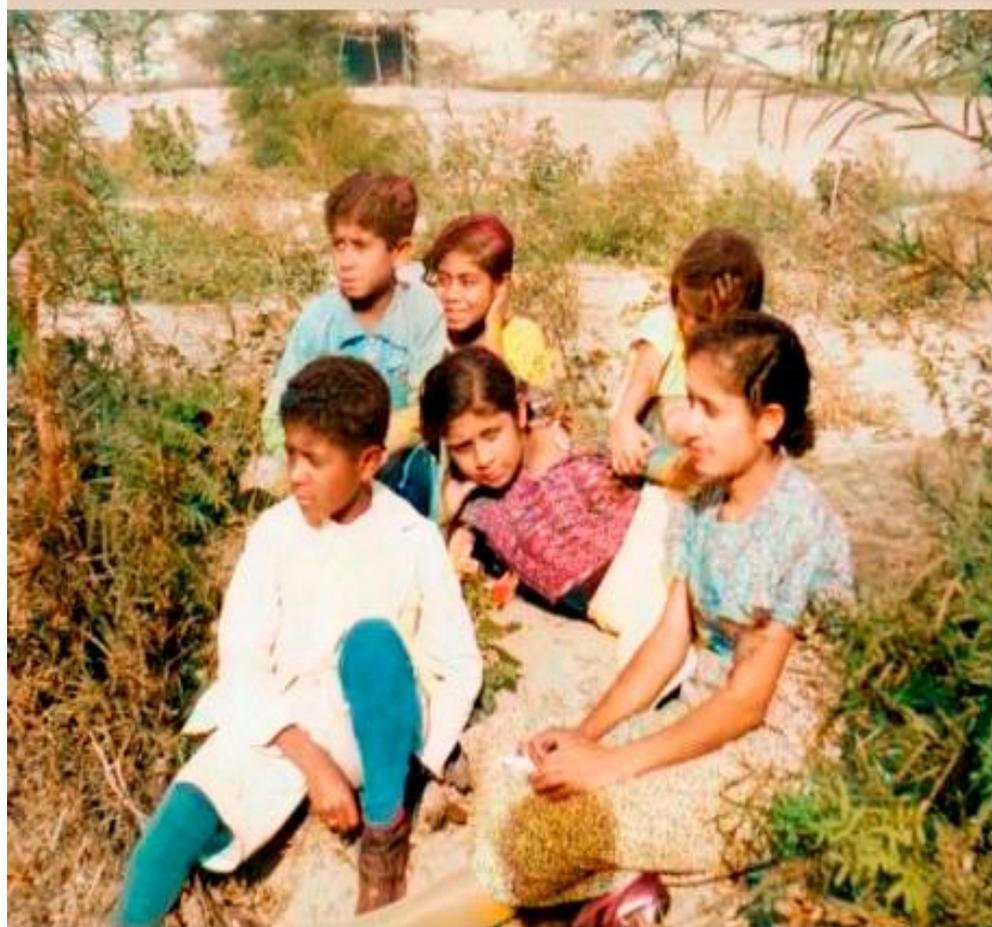


MARTÍN ALBÁN

MANGACHES Y GALLINACEROS



MANGACHES Y GALLINACEROS

MARTÍN ALBÁN

Lima, Perú

Mayo, 2018

Esta es una historia que se inicia en la tradición de los “Mangaches”, así se les llama a los habitantes del barrio más popular de la ciudad de Piura, que va desde el cuartel y las márgenes del río que cruza la ciudad, hasta la avenida Sánchez Cerro, habitada en su mayoría por gente humilde pero emprendedora y los del barrio vecino los “Gallinaceros”, rivales unos de otros desde tiempos antiguos.

La vida de un muchacho Mangache tenía muchos matices y era, a pesar de las carencias económicas, una vida muy feliz, sobre todo en las vacaciones, donde el día transcurría casi como un sueño. Iniciaba con el paseo por las orillas del río, sintiendo la arena en los pies, porque un buen Mangache no usaba zapatos, eran un estorbo si había que caminar por la arena tibia o cruzar el río en busca de un tesoro, de esos que solo los

niños aprecian. La hora de reunión de muchachos parecía pactada, en un instante se convertía en una decena o más, y no faltaba quien propusiera algún juego que iniciaba con la voz de uno que decía “Hago banda” y otro le hacía la réplica “Acompaño” y continuaba el contrapunto: “pido” “a quién” y luego la selección de un compañero para su equipo. Así la vida diaria, transcurría principalmente en el río, a veces con bajo caudal y otras en las que era imposible cruzarlo, por sus mortales remolinos y potentes corrientes, que solo los mejores nadadores podían librar. Muchos habían muerto, succionados o golpeados por troncos y objetos que el torrente llevaba, arrastrados hasta el fondo turbio, donde marañas de ramas y arbustos atrapaban a los infelices.

Pero el día que más emocionaba a los mangaches, era el de las caminatas de exploración que realizaban río arriba, lejos de toda civilización, donde las aventuras no estaban escritas en ningún libreto. Los más fuertes iban adelante, atentos a lo inesperado, como Quique por ejemplo, que era un muchacho grande y fornido, sus pies eran como unas garras, podía caminar todo el día por las arenas del desierto o vadear el río, sin que sus pies sufrieran algún daño, una patada de Quique era realmente temida. Colina otro muchacho, que gustaba raparse la cabeza, fuerte y ágil, pero sobre todo gran peleador. Escárate, era moreno y alto, muy inteligente y valiente sobre todo si se trataba de defender a los más débiles del grupo, y aunque a nadie se le consideraba el líder, era respetado por todos. Y Juanito, pequeño

pero gran nadador y clavadista, era un pez en el agua, ese era su elemento.

Cuando el abrasador sol norteño empezaba a ocultarse, todos retornaban a sus hogares, como si la noche los convocara a sus casas para transformarse en mozos bien bañados y aseados. Era asombrosa la transformación, casi parecían otros cuando se reunían en la plazuela, acomodados en bancas de madera, tan antiguas como sus grandes árboles con frutos no comestibles llamados “matacojudos”, porque penden a lo alto de sus ramas e intempestivamente se desprenden y le caen a cualquier pobre distraído. Allí se iniciaba el conversatorio, narraciones de historias y aventuras, solo distraídas al paso de una linda muchacha, que inspiraba los más ocurrentes piropos.

Aquella noche todos los presentes escuchaban atentos el relato de Juanito, que

en el día le llevaba el almuerzo a su tío que trabajaba al otro lado de la ciudad: Estaba de regreso de este quehacer, cuando se cruzó, para su mala suerte, con la banda del barrio de los gallinaceros, quienes lo confrontaron por ir a su territorio. Juanito a pesar de ser pequeño, los había retado diciéndoles que se las verían con los mangaches, que no les tenía miedo, situación que irritó a la multitud. Viéndose en peligro empezó a correr en dirección a su barrio, perseguido de cerca por sus rivales, quienes al no poder alcanzarlo le gritaban insultos e improperios. Finalmente, al ver que no lo iban a coger, detuvieron la persecución. Juanito volteo a mirarlos con cara de satisfacción, fue entonces que su líder lanzó la amenaza ¡Dile a ese negro Escárate, que se las verá con nosotros, la próxima vez que lo encontremos, lo enterraremos en la roca del diablo!

La roca del diablo, quedaba a unas dos horas de caminata río arriba, desde donde los clavadistas se lanzaban desafiando el riesgo de esquivar la temida trampa mortal. Los inexpertos incautos, que se lanzaban y se estrellaban con aquella roca en el fondo, quedaban muy mal heridos y muchos habían muerto, y por eso le decían con propiedad “La roca del diablo”.

Una de estas incursiones cambiaría para siempre las vidas de los mangaches y gallinaceros; aquella tarde habían caminado Escárate y sus amigos por las orillas del río cazando lagartijas y jañapes. Las hondas zumbaban en su afán de derribar chilalos y choquecos, que descansaban en las ramas de los algarrobos. De pronto alguien grita ¡los gallinaceros!, efectivamente un grupo numeroso avanzaba en dirección a ellos. Colán gritó, vamos a darles su merecido,

esta ribera es nuestra; los demás especialmente los más pequeños se miraron unos a otros, pues veían que sus oponentes claramente los superaban en número y temían lo peor. Escárate tomo la palabra y dijo: La amenaza es contra mí y yo los enfrentaré. Todos a una sola voz dijeron, los mangaches somos hermanos y todos peharemos. La actitud de Escárate generó un sentimiento de valor general, porque estaba claro que él quería sacrificarse por defender al grupo. Ambos bandos “mangaches” y “gallinaceros” quedaron frente a frente en silencio como esperando que bando tomaría la iniciativa.

Aunque los gallinaceros se veían en una situación de ventaja numérica, también sabían que los mangaches eran peleadores muy bravos y fuertes. Estaban a punto de lanzarse al ataque, cuando vieron que uno de

ellos se ponía al frente de los mangaches, era Escárate. ¿Qué pretende?, pensaban los gallinaceros, seguramente presa del miedo quiere hacer un arreglo y no lo aceptaremos. Escárate dirigiéndose a sus adversarios, empezó a decirles: Me hicieron llegar su amenaza, pero sepan que no le temo a la roca del diablo, así que el que habló por ustedes que salga al frente, a ver si es tan macho. El líder de los contrarios, aquel que había enviado el encargo con Juanito, sabía que le hablaban a él, sus compañeros lo miraban estupefactos, entonces dio un paso al frente y dijo amenazante: Estás perdido negro Mangache, te llegó la hora, pero pensaba en el peligro que correría. A la roca del diablo gritó, y empezaron a correr hacia ella, seguidos de los mangaches. Todos se arremolinaron alrededor del lugar del salto, ya no se podía diferenciar quien era

Mangache y quien era Gallinacero, porque ambos bandos se habían mezclado interesados por el desenlace del reto. Los dos líderes quedaron frente a frente, mirándose fijamente, sin decir nada, ambos levantaron la mano para regir y definir quien saltaría primero, era la costumbre. El líder Mangache había ganado el sorteo, así que el Gallinacero tendría que saltar primero, era una buena señal de triunfo, pensaban los demás de su grupo. El del primer turno sonrió y se lanzó, el agua estaba más turbia que de costumbre. Pasaban los segundos y no salía, el tiempo parecía ir lento y la preocupación se reflejaba en toda la masa expectante. Un Mangache gritó: Escárate ha ganado, ya no tiene que saltar y los demás de su grupo los secundaron en coro ¡Hemos ganado!, de pronto vieron que su ahora líder, sin dudarlo, se lanzaba al agua. ¿Por qué haría esto, si

ya había ganado? quizá, pensaban los que observaban, quería demostrar su valor. Al igual que el otro, este último no salía del fondo, ahora eran dos los perdidos, la roca del diablo se cobrado ambas vidas y no habría ningún ganador, todo habría sido en vano.

De pronto cuando ya habían perdido la esperanza de ver a sus amigos, vieron que Escárte salía por uno de los lados, arrastrando a su rival, que parecía herido. Todos saltaron y gritaron de alegría, se abrazaban unos a otros, sin importar si era Mangache o Gallinacero y corrieron al lugar del rescate. Aunque el herido tenía golpes y raspaduras pudo ponerse en pie, seguido de su salvador. El primero le dio la mano en señal de agradecimiento, que fue correspondido con un abrazo. Todos escucharon que el Gallinacero le decía, me

salvaste la vida, ahora serás mi hermano, y te ayudaré en lo que sea y nunca más volveremos a pelear. Todos celebraron y se abrazaban de alegría, ese día regresaron juntos a la ciudad.

Años después dinamitaron la roca del diablo, para que nadie más arriesgara su vida. Y aunque solo queda el recuerdo de ese lugar, nadie ha olvidado la historia y el pacto de amistad que se dio entre mangaches y gallinaceros, que perdura hasta ahora.